

EVOCACION DEL ATENEO EN SU SESION INAUGURAL

Por MELCHOR FERNANDEZ ALMAGRO

QUIISO la suerte que Cánovas inaugurase la nueva casa del Ateneo, en el número 27 de la calle del Prado, siendo Presidente del Consejo y a la vez de esa sociedad que tan grata le era, tan vinculada a su propia vida, desde los primeros años de su residencia en Madrid: estudiante y estudioso en la biblioteca, conferenciante y polemista en la Cátedra, conversador y ocurrente en la «Cacharrería». Viejo Ateneo de la calle de la Montera, destartalado y romántico, evocado en su pobre fondo y relevantes figuras por Castro y Serrano, Labra, Palacio Valdés... Cánovas lo había presidido de 1870 a 1874, y a su iniciativa se debieron las reformas que mejoraron la modestia de su instalación. Pero hacía falta más, y bajo la presidencia de Moreno Nieto, sucesor de Cánovas, se acordó una emisión de cédulas hipotecarias por valor de 500.000 pesetas para construir un edificio adecuado a la importancia del Ateneo, y como a la muerte de Moreno Nieto, Cánovas fué elegido de nuevo presidente, tocó a éste impulsar y realizar el proyecto hasta darle feliz remate. Así llegó

la solemne velada del 31 de enero de 1884, en que el edificio alzado por Fort y Landecho abrió sus puertas a don Alfonso XII y real familia, al Gobierno y a lo más grande de la sociedad madrileña, coincidiendo todos, según cronistas y reporteros, en el encomio del lujo y arte hermanados en la ancha escalera de mármol, en la galería de retratos—ventanas abiertas a la fantasmagoría del siglo—; en los salones de conversación, con sus intercolumnios, jarrones, espejos, cuadros de buenas firmas y cortinajes de terciopelo; en el salón de Actos, decorado por Mélida, con profusión de alegorías de las ciencias, las letras y las artes; en la muy nutrida biblioteca; en la sala de revistas... ¡Qué lejos el Ateneo primitivo del Duque de Rivas y Mesoreno Romanos, medio siglo atrás, en casa muy próxima de la misma calle del Prado!

Cánovas había visto crecer el Ateneo, contribuyendo no poco a su desarrollo, y era natural que dedicase el discurso pronunciado en la inauguración del nuevo edificio a la historia del centro que tanto coadyuvara a la formación de su espíritu. Disertó Cánovas, en conferencia que duró tres horas—¿perdería el orador la noción del tiempo...?—, acerca del siguiente tema: «De los cursos y maestros que más han enriquecido desde la cátedra del Ateneo la cultura española», constituyendo este discurso una preciosa fuente para el conocimiento de las ideas que mayor influencia ejercieron en España en el siglo XIX y de los hombres que mejor la encarnaron: Lista y Quintana, o clásicos y románticos; nuevos conceptos sobre nuestra literatura de Revilla el viejo y don Patricio de la Escosura; Pacheco y el Derecho Penal, más sus relaciones con otras formas del pensamiento filosófico, político y jurídico; Alcalá Galiano, Donoso Cortés y el Derecho constitucional; don Pedro José Pidal, historiador del Gobierno y Legislación nacionales; Morón y Tapia, historiadores de la civilización española; Pastor Díaz ante los problemas del socialismo; don Joaquín María López o la elocuencia; Nicolás María Rivero, pensador más aun —¿quién lo creyera?— que político... Larga y puntual disertación, que en tantos pasajes es autobiografía de Cánovas, no sin la natural nostalgia del hombre que se

acerca a la última vuelta del camino. Cánovas se dirige a los jóvenes que le escuchan: «Tened entendido que el saber es camarada seguro de los primeros años; fidelísimo consejero de la edad madura; tierno, constante y alegre amigo de aquel tiempo melancólico en que blanquea la cabeza ya y se avecinan las oscuridades eternas, oscuridades que alumbra sólo, cuando felizmente las alumbra, con sus rayos de esperanza, la fe.»

Seguidamente pronunció el Rey unas palabras, no sin alguna pretensión oratoria: él también era ateneísta, honrándose en ser consocio de tantos hombres prestigiosos: políticos, literatos, artistas... El público vitoreó a Don Alfonso XII, un público propio de la casa en su más típica proyección: «Apenas se veía un uniforme—observó «El Imparcial»—; todos los concurrentes vestían de frac». Los aplausos a Don Alfonso significaban el doble efecto político perseguido por Cánovas en ese acto de cultura: «intelectualizar» al Rey y «monarquizar» a las clases intelectuales, afirmando al Ateneo en la posición equidistante que le era tradicional: ni jacobino ni reaccionario; en zona templada, propicia a la convivencia de todos.

No concebía Cánovas al Rey en acto que careciese de trascendencia política. Por política promovió Cánovas el contacto de Don Alfonso con la burguesía intelectual del Ateneo. Y política tuvo que hacer a los pocos días, aun en acto tan diferente como un baile de Carnaval en el Palacio de Cervellón, residencia de los Duques de Fernán-Núñez. El Rey quiso disfrazarse como cualquier otro invitado; Cánovas se opuso, porfiaron y prevaleció el criterio del presidente: Don Alfonso concurrió al baile de uniforme de Capitán General, afirmando así su realidad y su realeza entre la dorada multitud, que se sustrajo por una noche al tiempo y al espacio para convertirse en personajes de historia o de leyenda, poema o cuento. La Reina Doña María Cristina fué la dama del siglo XVIII. Una compañía de lanzas del regimiento de Sicilia, simulada por jóvenes ataviados de tal guisa, rindió honores a los Reyes.

Ricas hembras de Castilla, moros de romance, pastoras Wat-

teau, majas de Goya, capitanes de los Tercios de Flandes, reyes y caballeros del Tiziano o Velázquez, sultanes de Las Mil y Una Noches, mandarines, petimetres, venecianos, trovadores, nigromantes, increíbles, cruzados, charras, Colombinas... mezcláronse en la factuosa mascarada, maremágnun de sedas, plumas, pedrerías, terciopelos, corazas, mantos, pelucas, chambergos, turbantes, hopalandas, bicornios, encajes..., en alarde de saber indumentario, rápidamente adquirido en visitas al Museo del Prado o repasando números de «La Ilustración Española y Americana.» En el abigarrado conjunto cabía identificar a dos o tres Marías Antonietas, a la Emperatriz Josefina, a Catalina de Médicis, a Felipe II, a Quevedo... Los personajes de la Comedia dell'Arte formaban nutridísima comparsa. De Rosina hacía una inquieta y espigada muchacha de grandes ojos expresivos: Joaquina Osma, hija de los Marqueses de La Puente y Soto Mayor. ¿Habría ya Cánovas puesto sus ojos en ella? ¿Habría sentido ya Joaquina Osma la atracción personal de Cánovas...? De igual suerte que se opuso a que el Rey se disfrazase, Cánovas fué al baile de frac; no rojo, como el de los elegantes que prescindieron del traje de época, sino negro, como cuadraba a sus años y al respeto de su cargo.

Sabido es que los Fernán-Núñez invertían en limosnas una suma igual a la gastada en las fiestas que organizaban. No hacía falta tanto, ni mucho menos, para que las clases populares se sintiesen a salvo de resentimientos y ansias de desquite. En aquel sano y pequeño Madrid, de talleres y mostradores de tipo familiar, sin paro obrero ni subsistencias difíciles, no había lugar para el odio de clases. El pueblo tomaba de buen grado su ración de vista a la puerta de los teatros, en funciones de gala, y de los palacios, en noches de baile, para admirar ingenuamente bellezas y elegancias, joyas y uniformes, como en ese gran sarao de Cerbellón o en los que por esos días del mismo Carnaval se celebraron en el palacio de la Duquesa Angela de Medinaceli y en el de los Duques de Santoña, matrimonio muy representativo de la aristocracia creada por la Restauración: él, un opulento hombre

de negocios; ella, una hermosa mujer que acabó por morir en la pobreza. Las galdosianas señoritas de «Miau» conocían la «alta sociedad» por contemplarla alguna vez desde el paraíso del Real, y participaban en sus solaces como en sus duelos a través de Asmodeo, Kasabal, Almaviva o Mascarilla y Montecristo, cronistas de medio siglo de vida cortesana.

